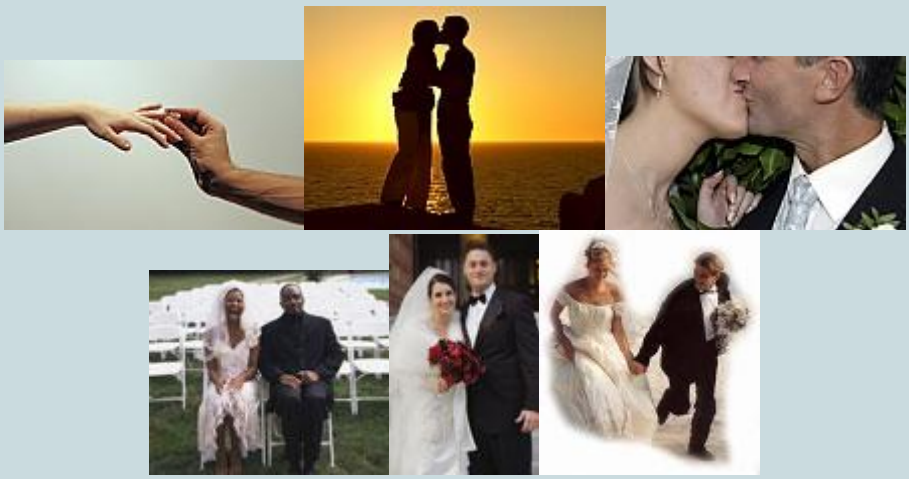
¿ELEGIR EL MATRIMONIO... ?

Felipe Santos, SDB



Durante los 50 últimos años, hemos asistido a cambios radicales de sociedad, hemos entrado verdaderamente en otra era. Hemos llegado a ser una “sociedad moderna” con sus ventajas e inconvenientes. Los cambios han afectado a todos los sectores de nuestra sociedad: sistema económico, social, político y también religioso.

Muchos estos cambios eran inevitables y considerados como indispensables. No importa qué cristiano honesto acepte con alegría los cambios que en sí están totalmente en el espíritu del Evangelio: justicia social, educación para todos, respeto a las personas, a su dignidad y a su libertad. Sin embargo, el peligro en el cual hemos caído es que, partidos de una sociedad muy conservadora y rígida, hemos ido al otro extremo, dejándonos llevar por las palabras “ respeto de las personas”, “ “ realización personal”, etc.

Es en este contexto donde se ha visto saltar ruidosamente las estructuras del matrimonio y de la familia. Ocurre algo importante:

El modelo de familia que prevalecía desde hace milenios, el modelo judeo-cristiano, está hundiéndose. En el espacio de algunos años, se ha asistido a la introducción y a la adopción del divorcio, de familias llamadas “ reconstituidas”, de matrimonios homosexuales, uniones libres. Las leyes civiles no son siempre las de Dios. ¿Hay que cruzarse los brazos y decir: es correcto así: tantos divorcios como matrimonios? Y podemos subrayar que este aumento de los divorcios es paralelo a un alejamiento siempre más grande del mundo de la fe y de los valores religiosos. Las parejas estables parecen ya dinosaurios...

En el fondo, el verdadero problema es uno de los valores. Si mi escala de valores se fundamenta en “pequeñas felicidades” pasajeras, en el individualismo, en el egoísmo, en la confusión entre libertad y permisividad, es evidente que a la primera dificultad, se va a pasar a otra cosa. El valor fundamental que puede asegurar un futuro al matrimonio, es la fe de la pareja, que debe forzosamente ser una fe adulta y seria.

Conocemos muchas parejas maduras por un ideal de vida, que sueñan con un matrimonio estable y feliz. Cristo también las conoce y es el primero en quererlas felices en una felicidad estable, en una unión de amor permanente.

Ha soñado para ellos con una felicidad ideal que les propone en el matrimonio, en la unión conyugal indisoluble de una hombre y una mujer. Para ellos, ha formado el proyecto de un amor en salud y de una familia en salud. Para ellos, ha bendecido el matrimonio cristiano que revela el amor que él nos da, un amor infinito y personal, gratuito y fiel, un amor al 100%.

Pues Dios ha querido que el amor que cimenta la vida de una pareja sea un amor que se p0arece al suyo, un amor al 100 %, un amor total y que no se hunde con la más débil borrasca. Demasiados matrimonios se dislocan, pues los esposos se aman al 50%:

si me amas, te amo; si dejas de amarme, ceso de amarte. El amor de Cristo, el que él quiere en el matrimonio, es un amor que es un don total de sí. El amor no es más que sentimiento, es sólo físico; es semejanza al amor de Dios. Se casa porque se ama, se casa para amarse mejor. El plan del Creador para toda pareja es el de un amor fiel y eterno; Dios vio que eso era bueno (Gn 1, 31). Jesús ha confirmado la voluntad del Creador (Mt 19, 1ss) ; san Pablo dice igual (Ef 5, 25-33). Dios fundamenta el amor de los cónyuges, incluso cuando vienen los lunes grises de todo amor.

El matrimonio cristiano atraerá siempre a los y alas que, en su impulso generoso, quieren vivir para siempre su amor, expresarlo en la fecundidad, en el seno de su pequeña “iglesia doméstica”. Más que nunca, en nuestra sociedad de placeres efímeros, el matrimonio es para vivir un amor fuerte y tierno, duradero hasta la muerte. Los hijos son los primeros en beneficiarse.

Hay que gritarlo a quien quiera oírlo: el amor está hecho para que dure, y no para que rompa, cuando se termina el romance de los primeros momentos. Hace falta decirlo con las palabras, con la vida, con los gestos de ternura y fidelidad.

La estabilidad no parece ya oportuna, pero muchos matrimonios que sufren gritan su desesperanza y muchos jóvenes sueñan con un gran ideal. Que tengan confianza en el plan de amor de Dios sobre el matrimonio y la belleza de la familia. En un mundo angustiado, el éxito del amor en el matrimonio estable y bendecido por Dios permanece posible: Dios lo quiere así y está presente en todo amor verdadero. Un cristiano no puede contentarse con una vida a dos que no sería un sacramento, un signo auténtico del amor de Cristo por su Iglesia. La unión conyugal debe ratificarse ante Dios y ante la comunidad cristiana.

Debe parecerse a la de María y de José, de santa Ana y san Joaquín. El sufrimiento forma parte del amor humano, pero el sacramento del matrimonio está ahí como apoyo necesario. Jesucristo une los corazones eliminando la polilla de la usura.

La curación del matrimonio es a menudo posible, sean cuales sean los altos y bajos del amor. Muchos esposos y esposas sufren la traición. Cristo se mantiene cerca de los que su amor ha sido traicionado, que languidece en el sufrimiento de un corazón traicionado. En el camino de la santidad, viven su Sábado Santo. Les hace falta perdonar.

El nido del amor en el matrimonio no caerá si se construye seriamente y en la oración, si descansa en la roca que es Cristo (Mt 7, 21. 24-29). Que el fuego del amor se aliente de la escucha, del diálogo y del servicio; saltará de alegría. El Señor, en el matrimonio cristiano, quiere poner a las parejas a los cuidados de su amor intensivo. Quiere que lleguen a ser luego los misioneros del verdadero amor, de la civilización del amor. El matrimonio mantiene toda su razón de ser y las riquezas del amor ferviente.